

Días Alegria  
discurso Cese.

097/022/025

Compañeros y amigos todos muy queridos:

Se cierra aquí y en este acto, una carrera militar próxima a cumplir los 51 años de consagración, sin desviación alguna, al servicio de las Armas. Para el protagonista es éste, pues, un acto solemne y grave y por ello ha de perdonársele si en algún momento se refiere a sí mismo más de lo que fuera conveniente.

De esos 51 años, casi todos fecundos, los más trascendentales para el servicio, aquéllos en los que realicé una tarea que hubiera podido tener importancia decisiva, han sido los diez que he servido en el Alto Estado Mayor y en el CESEDEN.

Tal como lo definen nuestras leyes fundamentales, el Alto Estado Mayor es un Organismo capital. Podría, sin faltarse a ellas, prescindirse de otros, muy importantes, pero nunca de aquél, ni de su misión fundamental de coordinar las acciones de la Defensa. De aquí que la tarea de trabajar en él, o la de encabezarlo, exija especial esfuerzo y esté llena de dificultad.

Mucho me han ayudado en los dos períodos en que aquí serví, los que fueron, en uno o en otro, mis Jefes superiores inmediatos. Los Capitanes Generales Agustín Muñoz Grandes y Luis Carrero Blanco, este último por delegación de S.E. el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos. De sus altas virtudes, de su comprensión, de la amistad que tan generosamente me prodigaron, recibí el impulso necesario para perseverar. Me honro ahora en proclamar mi fidelidad a su memoria y en hacer patente ante todos que toda mi labor se desarrolló bajo la dirección de esos mis Jefes, verdaderamente dignos de serlo.

Pero aún con este apoyo nada hubiera logrado sin la entusiasta colaboración, sin el espíritu de sacrificio, sin la consagración a la tarea de todos aquéllos a quienes he tenido el honor de mandar. Vosotros, Oficiales Generales, Jefes, Oficiales, Funcionarios del Cuerpo General de Policía, Suboficiales, Funcionarios Civiles de los dos sexos de la Administración Militar, y Funcionarios no militares, clases de tropa y marinería de los tres Ejércitos y Guardia Civil, que ostentáis aquí vuestra propia representación, la de los que no han tenido aquí cabida y la de todos aquéllos que os precedieron en el desempeño del mismo cometido, sois acreedores a mi inmensa gratitud, una gratitud impregnada de respeto, de cariño, de lealtad y de justicia.

Yo os deseo los mayores éxitos en vuestra vida, que espero muy larga aún. Las merecéis y confío en que Dios os los conceda. Pero sobre todo, os deseo que cuando llegue el fin de vuestra actividad, podáis dejarla con las manos tan limpias, con el corazón tan puro y con la conciencia tan tranquila como yo la dejo ahora.

Tengo también algo que pedir os. Ya sé que lo estáis cumpliendo hoy, pero yo querría que en lo sucesivo lo hiciérais, si cabe, con el afán aun más acrisolado y con todas las fuerzas de vuestra alma. Antes que nada he de pedir os que os consagreis a ese ente, casi divino, sin el cual nuestra vida estaría vacía, dedicando un amor a la Patria que pueda compendiarse en aquellas palabras del Presidente Cánovas, que dió por ella su vida: "Con la Patria se está como con la madre, con razón o sin ella".

Quiero pedir os también que reafirmeis vuestra lealtad al Jefe del Estado y al Príncipe de España, su sucesor designado, que obedezcáis con entusiasmo y abnegación a vuestros superiores y que continuéis vuestra tarea, no rutinariamente, sino poniendo en ella todo aquéllo de que os sé capaces. Cuidad como algo esencial de mantener la unidad monolítica de las Fuerzas Armadas.

Sin olvidar tampoco las relaciones mutuas entre vosotros. Guardaos lealtad, lealtad hacia los superiores y lealtad para los subordinados, puesto que la lealtad es una virtud bivalente. No deis abrigo a envidias ni rencores ni albergueis en vuestro pecho intereses bastardos. Consagraos sólo al servicio. Servir es la más grande de las actividades que puede practicar el hombre. El mismo Hijo de Dios, al pasar por este mundo, dijo de Sí mismo: "Yo no he venido a ser servido, sino a servir".

Nada más, compañeros y amigos. Permitid a un viejo soldado que ahora se aparta de vosotros, que en éste primer día de sosiego y de paz os dirija, desde lo más hondo de mi corazón, sólo dos palabras muy sencillas, pero las más profundas quizás del lenguaje humano:

Gracias y adiós.

17-6-74